

# El náufrago

En la inmensidad del mar en calma chicha, espejeante como plata al sol, rodeado de breves e intermitentes olas, el náufrago lucha por no caer al agua que morosamente, segura de su cantado triunfo, pugna por arrebatarle la tabla a la que titánicamente se aferró al producirse el naufragio.

Dos días ha que ni come ni bebe. Precisa comer, pero no tiene qué. Precisa beber, pero sólo dispone de agua de mar. El sol mañanero busca, halla, alcanza, ciega sus ojos quemándose los implacablemente. El hambriento tiene los labios ahumados, hinchados, secos como el cascabillo. De vez en vez, instintivamente saca la lengua como un oficio, la retuerce, trata de ganar la sobrecopa, se demora en humedecer las comisuras de los labios, crujientes como hojas oficiales. La piel es un río de sudor en aumento. El calor de la fiebre le puede, lo sabe, sufre insolación, lo presiente, acabará perdiendo el equilibrio, lo teme.

El enfiebrado ansia desesperadamente beber. El agua le devolverá la lucidez, los arrestos perdidos. Se anima a beber. Quiere beber. Sólo vive ya para beber. Cuidadosamente se desliza sobre la tabla, ancha y basta, resto o traviesa de arbotante; temeroso de caer, se vuelve un parco instante para contemplar el horizonte... Nadie. Nada. Ni un barco próximo ni un árbol en lontananza. ¿Dónde la costa? ¿Dónde los barcos? El silencio responde a sus graves preguntas.

Los labios le triscan. Los dientes le rechinan. Tiembla a la vez de frío y de calor. Se estremece hasta el hueso. Con sumo cuidado, precavido al máximo, sabedor de que se juega el equilibrio, desliza sobre el asidero la mano, la deja caer, la baña en agua, la eleva, la conduce al rostro sobre el cual despeña violentamente la humedad arrebatada al mar.

El baño le revitaliza momentáneamente. Mira y ve que el día es largo. Está vivo. Alguien puede encontrarle. Se evoca a resistir. Ahuecada sumerge de nuevo la mano en el agua; más vacía que llena se la aproxima a los labios, toscos y pinchosos como cardos. Al fin bebe, gota a gota; el agua se arremansa en las encías, salada, gordita, estomagante. El bebedor esboza una mueca de desaprobación. El agua salada le repugna, le asquea, le abrasa por dentro. No obstante vuelve a beber. Se encela con el agua. Bebe, bebe, bebe... Siente al instante que el estómago deviene nauseabundo. Acusa bascas. Vomita espumarajos verdes. Pierde conciencia del ser.

Renace el transpuesto al más espectral de los silencios. En torno suyo sólo percibe la abrasiva palabra sin voz del jaloque; suave y cortante como un escalpelo, sangrador de olas acachadas. El revivido piensa en los suyos. Ama y se sabe amado. Espera y se sabe esperado. En la carne acusa caricias, besos, abrazos, mimos, ya lo encontraron, lo rescataron con un helicóptero, lo llevaron al hogar. Fantasea. Renuncia a la tentación de cambiar la doble muerte de la muerte lenta por la rápida y liberadora muerte del ahogo. Afortunadamente no hay peces malvados. Ni un tiburón. Ni un cachalote. Da gracias al cielo. Se aferra a la vida. Tiene que resistir, se anima. Resistir hasta el borde de sus fuerzas, se ilusiona. Un día o mil,

hasta que alguien dé con él y lo rescate para el mundo, se esperanza.

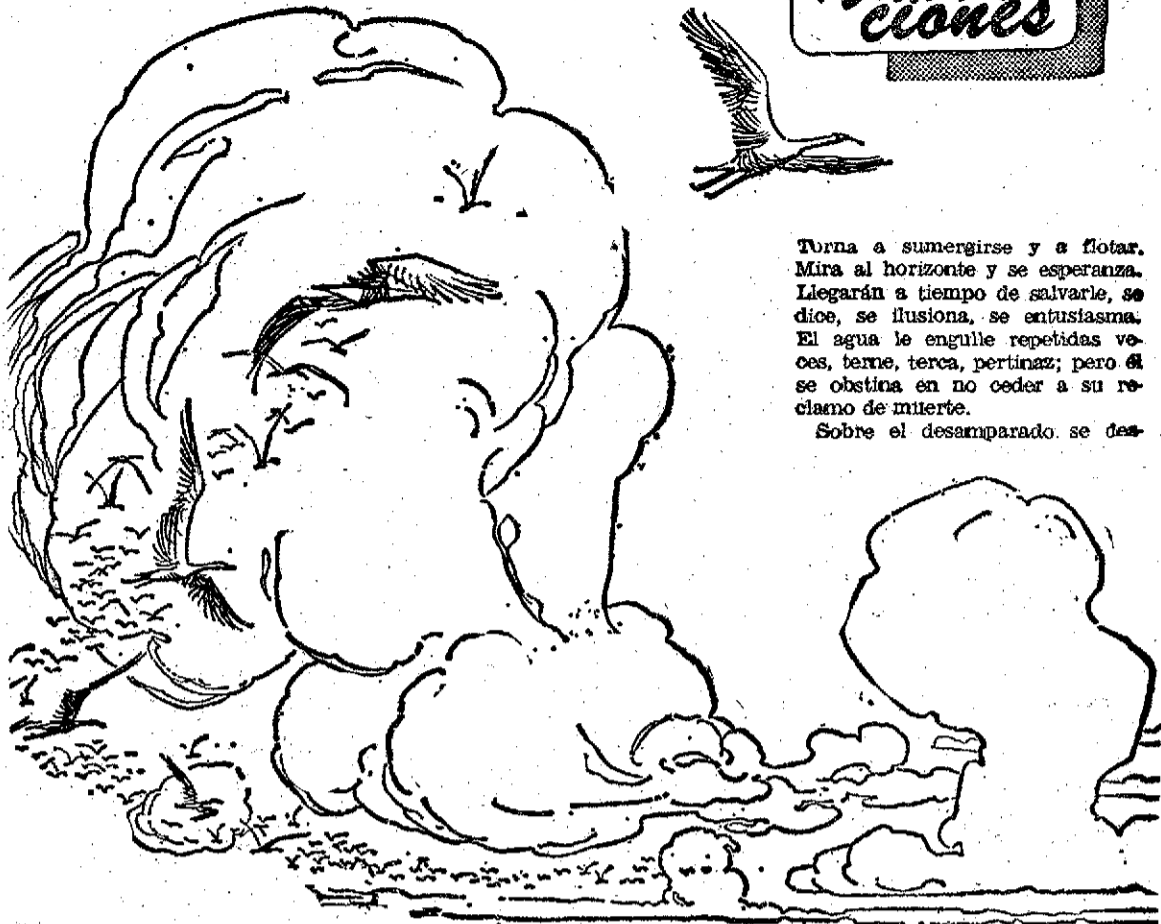
Mas la fiebre va en aumento, acrece como leche al fuego. El sol brasea el rostro del enfiebrado; hierve el sudor de la piel, burbulla. Aún halla fuerzas el somarrado para arrancarse un trozo de camisa, remojarlo torpemente en el agua y llevárselo temblorosamente a la frente. La cabeza es un reloj de cuco encabritado; como nunca le duele, de los ojos al colodrillo, de la coronilla al occipucio. Tendido en la tabla, espalda al mar, cara al sol, se retuerce de dolor, de desesperación, de impotencia. Atormentado se agita, resguardándose con los antebrazos de la pujanza del sol, un sol de rigor que lo asaetea a plomo.

Los ojos, nublados de dolor, ya apenas si ven, recuerdan impresiones. El mar. La mar. El agua. Las aguas. A izquierda y derecha, delante y detrás, soto y bajo, agua en todos los puntos del viento; y en el viento cielo y en el cielo mar. El arriba espejo del abajo. El abajo reflejo del arriba. Azul intenso, radiante, sin blanco, marino. Desolación. Repentina quietud. Ausencia de viento. Ni bóreas ni noto. Ni euro ni algarbe. Silencio. Desrumor. Calma en el agua. Agua en calma. Olas largas y anchas, chatas y morosas; mínimas, breves, brevísimas ondas que discurren sin salpicar nube ni desplegar estela. Repetición. Montonía. Cúmulos en fuga. Solitud. El océano extendido como un paño, de cabo a cabo, ancho como el horizonte, infinitud de la extensión en torno. Inmensidad. El atardecer consumándose. La luna aflorando. Entreluces. Aves migrando en formación de uve, ufanas de costa. Desesperación. Un grito. Un lamento. Una plegaria. Un derreñiego... Silencio del mar. Mar en silencio.

Al anochecer, el náufrago, cansado de sembrar voces y cosechar mudeces, pierde la noción del mundo, se abisma en sí, redessalece.

Es alta la noche cuando el náufrago despierta, ayeante, sobresaltado por la conciencia del riesgo. A su alrededor, la piel del mar da en arrugarse. La frente del hombre rojea como acero al fuego. Un pavoroso ardor le trepa del estómago a la boca... Reconoce el vientre rebotante de mar. Quiere levantar la mano del corazón para calmar el latir de las sienes. En vano. No las alcanza. No puede. Siente que la mano le pesa un millar de quilos, que ya no le responde, que ni siquiera le pertenece. Se vuelve del otro lado, prueba con la mano del hígado. Una vez, otra, otra... Imposible. Otra, y otra, y otra... Y aun otra. Al lograrlo, al fin, compungidamente se percata de que su rostro, siempre fino, delicado y grasiento, ofrece un tacto áspero, ulceroso y quemado, de fruta pansida. La brisa estraga la piel. En la tez canta la muerte de la hambruna, de la deshidratación en ciernes.

La fiebre mantiene al hombre al borde de la pesadilla; padece una horrible visión de aguas inestables, de aguas que se elevan por un extremo para caer en picado por el contrario. Incesantemente. A velocidad de vértigo. Cada vez más rápido. Más rápido cada vez. Alzándose hasta alcanzar la luna, de lleno, aficándola y desparramando por el horizonte sus diminutas e infinitas candelillas del color del oro frío.



Torna a sumergirse y a flotar. Mira al horizonte y se esperanza. Llegarán a tiempo de salvarle, se dice, se ilusiona, se entusiasma. El agua le engulle repetidas veces, berne, terca, pertinaz; pero él se obstina en no ceder a su reclamo de muerte.

Sobre el desamparado, se des-



¡No  
Esplícrolo  
¡orguzca

El náufrago siente vértigo. Pretende sentarse. Lo intenta. En vano. No lo consigue. Prueba de nuevo, terne, volitivo; pero el agua repentinamente se agiganta. El acosado se aferra a la tabla con la escasa fuerza de sus atemorizadas manos. La corriente le arrastre, le lleva, le trae, le pone a girar como un trompo. El girante se sabe a punto de caer. Agita las piernas con denuesto, víctima de un acceso de rabia. Tampoco las piernas le responden. Llora sin lágrimas, grita sin voz, reza sin credo, implora con regañada fe. Las manos, al resbalar, rascan la superficie de la tabla en un animal y sobrehumano esfuerzo por sobrevivir. Los dedos, engarabitados, ásperos, leñosos, no sienten las astillas que se incrustan entre uña y piel, arañan el tablero para no perderlo, hieren la madera que la carne hiere.

Las salpicaduras del agua angustian al cayente. Las olas le zahieren. La fiebre le tiene a su merced. Presiente que el fin está

próximo, que nunca volverá a abrazar próximos ni a besar cara querida. El angustiado instintivamente aprieta el cuerpo contra el madero, con toda el ansia de que es capaz. Demasiado tarde. Le flaquean los reflejos. Resbala. Se esfuerza en mantener a flote la cabeza, una mano férreamente agarrada al madero, mientras la otra agita la superficie del agua que amenaza con arrastrarlo, con llevárselo al lugar donde moran las Parcas. Las olas le sumergen, una y otra. La mano no suelta el madero, se diría que éste es su prolongación natural, un dedo más. Lentamente desfilan los segundos... Uno. Dos. Uno más. Aun otro. Un gemido horrorizado. Una ola sobrepasa al hombre. El náufrago flota vomitando espumas.

Ya ni alcanza a gritar. Ni se pies tiran verticalmente del cuerpo, sumergiéndolo. El sumergiente cierra los ojos, encorja los hombros, para luchar con el mar, la poca fuerza que le resta.

liza una ola colosal, suma de todas las precedentes. Los plomizos dientes para no tragar agua salada, pero la ola entra en él como una exhalación, provocándole el vómito. El bostoso ya no dispone de energías ni apenas de voluntad. La mano engarfiada al madero pierde apoyo, cede poco a poco... El sentenciado siente calambres. La cabeza le arde... Chapotea el agua en que se sumerge lenta, pero inexorablemente. Quiere reclamar "¡es el fin!", pero el ímpetu del agua se lo impide, atragantándole. La nariz se hunde bajo el agua, y los ojos, y la frente, y el cabello... Los dedos, aharrados de astillas, sueltan el madero de la salvación, la mano herida cae pesadamente al agua, araña la superficie del mar, arrastrada por el cuerpo que se abisma en las profundidades oceánicas.

Sobre la piel del agua, el humano burbujear de la muerte signa la roche de la vida.

Antonio Martínez Cerezo